

Lo fantástico en un país convulso, por Claudia Ivonne Giraldo, escritora colombiana

He escrito a lo largo de los años, especialmente en los veinte últimos, tres colecciones de cuentos, y cuatro novelas de las que publiqué una, *El cuarto secreto*. Podría definir mi trabajo durante este tiempo como de búsqueda de un lenguaje propio, y de cómo contar un país propio. En tanto, en este, mi país, las editoriales y los escritores se dedicaron a consignar en novelas y cuentos, así como en poesía y ensayos, nuestra realidad violenta y convulsa de una manera casi siempre descarnada o hiperrealista, si se quiere. A veces con mucha fortuna, otras, no tanto.

Cuanto más leía esos trabajos publicados y tan aclamados, me sentía más ajena, más extraña. Es necesario consignar nuestra realidad, dejar una memoria de tiempos oscuros, sí; no lo niego. Pero creo también que, aunque un buen texto es, en principio una buena historia, el escritor debe preocuparse de poder transmitir la sensación de que se trata de algo real y posible aunque sea imposible; que esa historia debe ser interesante por lo que sin querer revela y no únicamente porque la historia o el hecho que cuenta sea escabroso o muy original.

Toda creación que desdibuje los límites entre eso que llamamos la realidad y eso otro que Cortázar llamó la supra realidad tiene además otro aliciente, al que se llega a ser consciente tal vez un poco tarde: cuestionar la realidad establecida a través de la irrupción del misterio, permite evadir la censura, no sólo la de la sociedad y la de las instituciones, sino la de uno mismo, escapando de la condena. En tanto trasgresor de la ley, lo fantástico cuestiona al mundo, a la sociedad y al individuo; y cuestiona a la ley misma, cualquiera que sea su índole. Por fuera de ella, pero tan dentro de ella.

En definitiva, esta predilección por la narrativa fantástica, tiene que ver con una especie de negación de esta visión periodística y literaria de una realidad que se nos propone: alejada de la naturaleza, del calor humano, torpemente materialista, inmediateista, con un tufillo de amarillismo.

Creo que añoro la pérdida de lo sagrado que los adultos de la familia, y los maravillosos maestros y maestras que tuve, supieron inculcarme en mi infancia y no precisamente y solo en lo religioso. Creo que todos andamos en

búsqueda de la mirada que teníamos de niños sobre las cosas, sobre las personas y el mundo, la mirada prístina de la que habla Tolkien: ver las cosas no como se supone que debemos verlas, sino como deberíamos verlas, sin el filo de lo cotidiano y de la posesión. Destacar la originalidad de las cosas cotidianas cuando se nos ocurre contemplarlas desde un punto diferente del habitual. Es a esa posibilidad a la que apelo como lectora y como escritora. Si no la encuentro en una obra, lo usual es que no encuentre en ella nada memorable.

Introducir lo fantástico como aquello que quiebra o mina esa realidad deja la posibilidad de ver siempre *el otro lado*, esa zona liminar que aparece cuando algo nos es revelado; y en ese sentido de revelación es que a mí el género me parece tan cercano a la poesía. Lo revelado depende más del lector que del autor la mayoría de las veces, pero estoy segura, por lo menos cuando escribo, de que yo misma estoy rozando el misterio, estoy tratando de nombrarlo sin poder y que todo esto no es más que señas en la hoguera, runas y huesos sagrados, signos mágicos, cartas ambiguas.

Mis cuentos siempre comienzan con una idea que se puede resumir en una frase; empiezan por ejemplo con una imagen que permanece en la mente dando vueltas, pidiendo ser descifrada. A veces pienso que este oficio se parece mucho al que desempeñan los tarotistas, los lectores de cartas, del humo del cigarrillo, de los pozos de café o de chocolate en un pocillo. ¿Qué es? ¿De qué se trata? Así me encuentro preguntándome hacia dónde me lleva la intuición que algunos llaman inspiración.

Así como en la infancia y la juventud, sigo privilegiando lo fantástico: mis cuentos generalmente no tratan de temas sociales o no son realistas en el sentido de la palabra. Creo que en su totalidad responden a la definición de cuentos fantásticos. Nunca he tenido que hacer "investigación de campo", para escribir. La vida, su conocimiento, puede llegarnos de inesperadas maneras. Entonces solo espero. Cuando escribo, puedo bordear mis propios misterios, asomarme a la boca de la cueva, invocar a mis muertos y enfrentar a mis fantasmas. Con seguridad, todo ello es el equipaje de una generación, de una comunidad, de una nación, de un pueblo. Sé que no estoy sola y que es probable que, para alguien, ese lector o lectora posibles, mis signos y trazos en el papel puedan decirles algo, sanarles algo.

Escribir es una pasión y un juego de los más serios que se pueden jugar. Ante todo rememoro en el acto de la escritura el acto de la lectura y supongo que durante el tiempo en que dura la creación de un cuento, por ejemplo, me alejo por momentos del tiempo que a mí me corre y detengo el universo mundo para adentrarme en otra historia en la que soy a la vez lectora y autora, como una manera de correr por la suave superficie de un anillo de Moebius en donde no solo el tiempo y el espacio son uno y el mismo, sino que yo me borro, soy otras o vuelvo a tener los mil rostros que he tenido y que posiblemente, tendré.